

Izquierda, democracia y cuestión territorial

Emilio Pradilla Cobos *

Cuando México, como casi todos los países de América Latina, se acerca a la **urbanización total** de su población y su vida económica y social, la izquierda parlamentaria y social debe enfrentar, entre otros muchos, el reto de definir una política territorial -regional y urbana- que responda a las viejas problemáticas engendradas por el capitalismo con intervención estatal, a su agudización por el patrón mundializado de acumulación de capital, y a las nuevas contradicciones gestadas por las políticas neoliberales.

En el siglo XIX, cuando en Europa se consolidaba el capitalismo industrial, estos temas estuvieron presentes en el debate teórico y político en el que se gestó el socialismo en sus diversas vertientes, en medio de las luchas gremiales y las primeras revoluciones obreras. Pero más tarde se abandonó esta reflexión, o se dejó a la discusión puramente intelectual. A mediados del siglo XX, en América Latina y México, la industrialización y la urbanización concomitante produjeron la misma reacción. Pero actualmente, la izquierda parlamentaria mexicana, cada vez más absorbida por el sistema político dominante, no debate ni elabora políticas en este campo -y en otros muchos-, a pesar de que gobierna un número significativo de ciudades, incluyendo la Ciudad de México, núcleo de la Zona Metropolitana del Valle de México, la mayor concentración urbana del país y de América Latina, y la segunda más grande del planeta.

La agenda política para el territorio, sobre todo el urbano, es compleja, tiene su particularidad, y no se resuelve simplemente con los planteamientos generales o sectoriales de política a la que hemos estado acostumbrados, y mucho menos con las respuestas pragmáticas de algunos de los políticos que gobiernan o legislan a nombre de “la izquierda”.

1. El nacimiento del socialismo en los orígenes de la ciudad capitalista

Las ideas socialistas, utópicas o científicas, surgieron en Europa a finales del siglo XVIII y la primera mitad del XIX, en medio de la primera revolución industrial y de su correlato, la formación de la clase obrera fabril. Al transformar el campo, el desarrollo capitalista expropió y expulsó masivamente al campesinado que emigró a las viejas o nuevas ciudades donde el crecimiento incesante de la industria los convirtió en proletarios o los colocó en el *ejercito industrial de reserva*. Las ciudades crecieron explosivamente, mostrando en su forma y su funcionamiento el desorden provocado por el *dejar hacer, dejar pasar* burgués, por la explotación

salvaje que imponía a los obreros, y las miserables condiciones de vida resultantes: viviendas insuficientes, hacinadas e insalubres; graves carencias de infraestructura y servicios públicos básicos; aguda contaminación ambiental; alimentación deleznable; pestes y enfermedades (Benévolo, 1963).

Por ello, en forma lógica, los *socialistas utópicos* europeos concluyeron sus críticas al capitalismo y materializaron sus propuestas de cambio social en proyectos de nuevas ciudades y conjuntos de vivienda ideales¹.

Los primeros movimientos masivos de lucha obrera tuvieron entre sus banderas el aumento de los salarios y el mejoramiento de la vivienda, y recibieron la represión como respuesta²; las revoluciones obreras durante el siglo XIX se desplegaron en las ciudades y usaron su trama desordenada y estrecha para la lucha callejera de barricadas.

Marx y Engels describieron también esta situación (Engels, 1845 y 1872) y al construir su teoría sobre la naturaleza y contradicciones del capitalismo, hicieron múltiples aportes a la comprensión de los fenómenos territoriales (Lefebvre, 1972; Fuentes, 1991). Pero su crítica al socialismo utópico y a las respuestas de los *higienistas* burgueses fue despiadada (Marx, 1967, cap. XXIII; Engels, 1880), llegando a una conclusión teóricamente válida pero que en la práctica ha mostrado sus limitaciones: “No es la solución de la cuestión de la vivienda lo que resuelve al mismo tiempo la cuestión social, sino que es la solución de la cuestión social, es decir, la abolición del modo de producción capitalista, lo que hará posible la solución del problema de la vivienda” (Engels, 1872, 58), sustentada en el Manifiesto del Partido Comunista redactado por Marx y Engels años antes (Marx y Engels, 1859). Su posterior lectura mecánica, ortodoxa e irreflexiva por parte de muchos dirigentes políticos los llevó a abandonar o dejar en un segundo plano de la política revolucionaria a este tipo de problemas materiales concretos derivados de la explotación y la opresión impuestas a los trabajadores por el capital.

En cambio, en la segunda mitad del siglo XIX la burguesía en el poder intento enfrentar, a su manera, estos problemas urbanos que también la afectaban, mediante reformas limitadas: la legislación sanitaria, la regulación y acción de los gobiernos locales sobre aspectos de infraestructura –agua potable y drenaje, recolección de desechos- y de la construcción de inmuebles urbanos, el urbanismo de Haussmann y los programas de vivienda pública de Luis Bonaparte (Benévolo, 1963; Engels, 1872).

A finales del siglo XIX y principios del XX, los revolucionarios rusos abordaron en sus textos la relación campo-ciudad y los problemas de la urbanización y el crecimiento de las ciudades en el desarrollo del capitalismo en Rusia. El triunfo de la revolución bolchevique de 1917 abrió el camino a medidas inmediatas tomadas por el naciente poder soviético en términos de la planeación regional y urbana, la propiedad del suelo urbano y el uso y la tenencia de la vivienda. Después de la muerte de Lenin, la polémica entre Stalin y la *oposición de izquierda* encabezada por Trotski se desdobló en el ámbito de la cuestión territorial

donde se enfrentaron los **urbanistas** oficiales sumisos a la posición stalinista, y los **desurbanistas** cercanos a la oposición; Stalin resolvió ambas discusiones por medio de la represión de los opositores e impuso su visión burocrática de la arquitectura y la ciudad (Ceccarelli, 1970).

Luego de la 2ª Guerra Mundial y la reconstrucción inmediata de las ciudades europeas destruidas, la onda larga expansiva de la economía mundial y europea (Mandel, 1986), la nueva fase de industrialización y urbanización, el intervencionismo estatal keynesiano y la emergencia de la *economía del bienestar* pusieron nuevamente a debate la planeación territorial y la cuestión urbana en la política de la derecha y la socialdemocracia. Al mismo tiempo, la *desestalinización*, con todas sus limitaciones y contradicciones, abrió otra vez en occidente las puertas a la discusión teórica de los problemas territoriales –sobre todo urbanos- y a las propuestas de la izquierda; pero el debate se ubicó en el campo de los intelectuales e investigadores³ y no en el de los políticos comunistas o socialistas y sus partidos.

Hasta la crisis del patrón de acumulación con intervención estatal en la década de los 70s, en términos generales, la intelectualidad de izquierda - revolucionaria, socialista y de otras vertientes, en muchos casos militante-, se planteó la cuestión territorial -regional y urbana- como parte importante de la cuestión económica, social y política que interesaba a los trabajadores; pero los partidos políticos de izquierda europeos dejaron de lado las formulaciones programáticas sobre el tema, subordinándolo a los aspectos económicos, sociales y políticos generales fundamentales, considerando equivocadamente que su solución era más o menos automática si se resolvían los primeros. Los gobiernos de izquierda en sus diversas vertientes, por su parte, enfrentaron estos temas en forma pragmática, poco diferenciada de la manera como lo hacía la derecha.

La generalización del **patrón de acumulación neoliberal globalizado**, y el derrumbe del *socialismo real* en la década de los 80s, impactaron duramente a la intelectualidad de izquierda en Europa, una parte de la cual transitó hacia la socialdemocracia convertida en administradora “democrática” del patrón de acumulación; el debate teórico y político sobre las cuestiones territoriales cesó, o se encaminó hacia nuevos temas fragmentarios como la sustentabilidad ambiental, las migraciones, las identidades nacionales y locales, la ciudadanía y el poder local, el respeto a la diferencia, etc., sin que se buscara su integración en un programa político global de izquierda para el territorio.

2. La industrialización y urbanización en América Latina y el debate sobre la reforma urbana

En la segunda mitad del siglo XX, la industrialización tardía de América Latina, la descomposición de las formas precapitalistas de producción en el campo y la urbanización acelerada que generó (Pradilla, 1981), con sus secuelas de

crecimiento físico desordenado de las ciudades, penuria de vivienda para millones de nuevos habitantes ciudadanos, ocupación ilegal de tierra periférica para enfrentar esta necesidad y movimientos sociales urbanos en demanda de suelo, vivienda y servicios, dieron lugar a un intenso proceso de investigación y debate entre los intelectuales de izquierda en el continente y con los investigadores y técnicos de los organismos internacionales y los gobiernos conservadores⁴.

Los gobiernos conservadores -autoritarios, semiliberales o desarrollistas-, respondieron a la problemática y a las luchas urbanas con una combinación de permisividad de la ocupación irregular de tierra periférica a las ciudades y la autoconstrucción y/o la represión, y políticas urbanas y de vivienda pragmáticas y limitadas. La izquierda militante, atrapada en la sobredeterminación política y la discusión sobre el **carácter** de la revolución –*guerra de liberación nacional, revolución obrero-campesina o revolución socialista*–, su **programa** –democrático, nacionalista, mínimo-máximo, de transición– y su **método** –lucha armada guerrillera, movimiento insurreccional de masas, vía electoral, combinación de formas de lucha–, dio importancia a la cuestión rural ligada al papel del campesinado y la guerrilla rural colocada en el centro de la atención por el triunfo de la revolución cubana y la presencia de movimientos guerrilleros en diversos países, pero siguió considerando secundaria la cuestión urbana.

El control de los gobiernos y partidos conservadores, liberales o nacionalistas sobre el movimiento obrero, particularmente en Argentina y México, y la intensidad de la movilización reivindicativa de los colonos y ocupantes de tierra en las ciudades latinoamericanas, llevó la atención política y teórica de la izquierda hacia el papel de los *movimientos sociales urbanos* en el proceso de cambio político y social, casi siempre sobre valorizándolo, y al mismo tiempo, reduciendo el de los trabajadores asalariados⁵.

En los años 69s y 70s, tanto la izquierda como los liberales latinoamericanos plantearon la **reforma urbana** como alternativa, en los dos casos de limitada significación –suelo urbano y vivienda básicamente– y poca importancia política y práctica (SIAP, 1978), muy alejada de la que se daba a la **reforma agraria** cuya aplicación fue también muy restringida. Las dos únicas excepciones, previas a este período y referentes obligados de los planteamientos de izquierda, fueron: México en el ámbito de la reforma agraria, y Cuba en la agraria y la urbana, después de sus revoluciones, muy distantes en el tiempo, su naturaleza y contenido.

El tema del **desarrollo regional desigual** y sus implicaciones económicas y sociales fue sobre todo una preocupación de los investigadores keynesianos y de los técnicos de la planeación indicativa oficial, y llevó a elaboraciones como las políticas gubernamentales de *desarrollo regional equilibrado o armónico*, o de *descentralización*, cuya poca efectividad y viabilidad en el capitalismo han sido evidentes en toda la región, pero no han suscitado una reflexión profunda por parte de la izquierda militante, ni una propuesta alternativa.

3. Neoliberalismo, urbanización global y olvidos de la izquierda

Luego de más de dos décadas de aplicación de las políticas neoliberales, de transferencia de funciones del Estado a la libre iniciativa empresarial, de desregulación y abandono de la planeación indicativa, de privatización de las instituciones públicas y los territorios, de reducción del gasto social, y de trasnacionalización de las economías latinoamericanas en el marco de la **globalización imperial**, los viejos problemas del desarrollo regional y urbano desigual siguen sin solución; muchas de sus manifestaciones se han agravado por la profundización de la explotación, la pobreza y la exclusión socio-territorial de los trabajadores, por el desordenado gigantismo urbano, y por la mercantilización extrema de todos los componentes del territorio, sobre todo del acceso al suelo y la vivienda. A ellos se añaden otros problemas nuevos derivados del incesante crecimiento urbano, del impacto de las nuevas tecnologías, del predominio del automóvil, de la degradación ambiental que producen, y del carácter depredador y salvaje de la naturaleza y los hombres consustancial al nuevo patrón de acumulación de capital a escala global.

En estas dos décadas, la izquierda ha cambiado profundamente. La intelectualidad crítica latinoamericana aún no se repone del impacto del derrumbe del *socialismo real* sobre los paradigmas marxistas; muchos de sus integrantes se mueven en la fragmentación de la problemática sin un referente teórico integrador, la aceptación de la inevitabilidad del capitalismo y la globalización neoliberal, el empirismo y la casuística, la sectorización o individualización de las respuestas, y la búsqueda de nuevos sujetos sociales. Muchas organizaciones y partidos políticos de izquierda han recorrido el puente hacia el neoliberalismo —en ocasiones “con rostro humano”—, y aceptan sin crítica del nuevo *destino manifiesto* del libre mercado global y de la democracia representativa cuya lucha electoral los absorbe, y adoptaron el método del pragmatismo de corto plazo que les impide o dificulta hacer propuestas totalizadoras.

En ambos campos, teórico y político, se han añadido nuevos temas, válidos pero fragmentados, al limitado abanico inicial: la ecología, la cultura, la participación ciudadana, la cuestión de género, las minorías étnicas, las identidades y las diferencias; pero no existe la intención de construir con ellos un análisis y una propuesta integradora de cambio social que los articule a los problemas anteriormente dominantes. Ni siquiera la recuperación del peso sobredeterminante de lo económico, la creciente agresividad del imperialismo y sus guerras, el desempleo masivo, la informalidad creciente y el agudo deterioro de las condiciones de vida de los trabajadores urbanos cada vez más empobrecidos, logran conmovernos.

Los **sujetos del cambio social** también se han modificado, aparente o realmente: de las clases sociales explotadas u oprimidas y sus organizaciones, como sujetos colectivos del cambio, hemos pasado a los ciudadanos y sus decisiones individuales de voto, las agrupaciones sectoriales multclasistas de

ecologistas, feministas, étnicas, culturales, religiosas, etc⁶. Solo el movimiento *globalifóbico* de resistencia –ahora *globalicrítico* o *altermundista*– parece integrarlos en una sumatoria aún amorfa, sin programa ni dirección unificada.

Los partidos y partidos de izquierda, viejos o nuevos, aceptan la imposibilidad de una revolución anticapitalista abierta, y en el marco de democracias representativas más o menos amplias, compiten por el poder con programas democráticos, defensivos y de mitigación de los peores efectos del neoliberalismo –el capitalismo de hoy–, al tiempo que la agresiva y violenta **globalización imperial** reduce y acorta sus márgenes de maniobra. A pesar de la evidencia de la urbanización de la vida social, del asiento predominantemente urbano de los nuevos temas o problemas, y del surgimiento de nuevas formas territoriales más complejas, no realizan una discusión política y elaboración programática de fondo que incluya los temas territoriales como dimensión estructural sustantiva del cambio social.

Cuando estos partidos logran triunfar en los procesos electorales para formar los congresos nacionales o locales, o para presidir los gobiernos nacionales o locales⁸, enfrentan los problemas urbanos y regionales con legislación o políticas fragmentarias, en muchos casos pragmáticas, ante la casi desaparición de la práctica de la planeación, y en ausencia de un proyecto territorial integral y de largo plazo. Lo urbano y regional prácticamente se han diluido en la discusión política y programática y la práctica de la izquierda.

4. La izquierda en México, el territorio y las metrópolis

Si exceptuamos el papel jugado por el *movimiento inquilinario* en los años 20s, su imbricación con el movimiento obrero, las subsiguientes medidas de “congelamiento” de rentas, la obligación de los empresarios de construir vivienda para sus obreros, y el temprano surgimiento de la planeación, en los temas urbanos la izquierda en México siguió la misma trayectoria que en el resto de América Latina.

En los años 60s y 70s, de urbanización acelerada, se presenció un inusitado despliegue del **movimiento urbano popular** que hizo varios intentos relativamente fallidos para unificarse nacionalmente y adquirir un peso político significativo. Al igual que el régimen político prisita, la fragmentada izquierda de entonces trató de cooptarlo, pero no recogió en sus programas las demandas y reivindicaciones en una propuesta integral de cambio territorial articulada a sus proyectos políticos y económicos. El régimen de partido de estado respondió con sus instrumentos: planeación regional y urbana ineficiente y sin instrumentos, políticas de desarrollo *equilibrado* y *armónico* o *descentralización* sin resultados ante el centralismo agobiante, organismos y programas cambiantes y limitados de vivienda, control clientelar de los movimientos urbanos o represión.

En las últimas dos décadas, a pesar de la profundización del desarrollo regional desigual, del crecimiento incesante de las ciudades, de los procesos de metropolización de un número creciente de ellas, de la agudización de los problemas urbanos, de que la metrópoli formada en torno a su capital es una de las más grandes y problemáticas del mundo (Fideicomiso, 2000), de los múltiples llamados de atención de los investigadores, y de que el **Partido de la Revolución Democrática** como izquierda parlamentaria se formó (1989) en parte sobre la base de movimientos sociales urbanos y sus dirigentes, sobre todo de los surgidos en la capital a raíz de los sismos de 1985, en el ámbito de la lucha democrática y de izquierda se sigue careciendo de una visión integral del desarrollo regional y urbano acorde con el cambio social.

Solo Cuauhtémoc Cárdenas se ha planteado la necesidad de formular políticas integradas para el territorio y la ciudad en sus plataformas de campaña. En su segunda campaña presidencial, impulsó la formación del grupo de reflexión Democracia y Territorio (Grupo Democracia y Territorio, 1994) y acogió sus propuestas en el programa de gobierno 1994-2000; en su campaña para la Jefatura de Gobierno del Distrito federal en 1997, presentó su propuesta *Una ciudad para Todos* (Cárdenas, 1997); y en su Programa de Gobierno 2000-2006 incluyó un amplio capítulo de políticas territoriales (Cárdenas, 2000). Estos planteamientos no fueron discutidos a fondo ni apropiados por el PRD y sus aliados; simplemente fueron aceptados y aprobados formalmente.

El programa político del PRD presentado en el Congreso de Zacatecas en 2001, aún sin sanción ni aprobación final, aunque dedica una sección importante al campo, dice muy poco sobre la problemática regional y urbana y sus implicaciones políticas; lo poco que señala no supera las formulaciones más tradicionales (PRD, 2001). Con la excepción ya señalada de Cárdenas en el DF, los gobiernos locales ganados por el PRD y/o sus aliados de diverso signo o vertiente, carecen de una política urbana integral alternativa que los diferencie claramente de los del PRI o el PAN; y los legisladores federales del PRD no han incluido en su agenda parlamentaria ninguna iniciativa sustantiva en este campo.

El actual gobierno perredista del DF desechó los planteamientos del programa de su antecesor Cárdenas, y aplica una política pragmática, efectista, desintegrada, carente de una visión estratégica de conjunto sustentada en la investigación y la planeación –totalmente abandonada como método de gestión–, impregnada por la construcción de alianzas con distintos sectores sociales incluido el gran capital, buscando la popularidad con fines electorales; ella solo se diferencia de las aplicadas por otros gobiernos locales de derecha en las declaraciones de democracia y apoyo a los *pobres o humildes*⁹.

En la práctica, el actual Gobierno del DF actúa como *facilitador* de la inversión privada a la cual ha entregado su proyecto emblemático¹⁰, privilegia a las capas medias usuarios de automóvil con sus mega proyectos viales¹¹, aplica una política social asistencialista y compensatoria muy cercana a la neoliberal¹², desmantela el aparato gubernamental necesario para garantizar el acceso de los

sectores mayoritarios a los bienes y servicios públicos urbanos, aplica una *austeridad* cuyo resultado real es el debilitamiento del Estado local, desestima las instituciones parlamentarias o las que defienden los derechos humanos, sociales y políticos de los habitantes, define en la cúpula sus políticas, y desmoviliza a las organizaciones sociales del movimiento urbano popular y otros mediante las políticas clientelares. La popularidad y el *marketing* electoral se superponen y dominan sobre los principios políticos.

El PRD y otras fuerzas de izquierda social guardan silencio; embriagados por la popularidad alcanzada por el gobernante, y aprisionados por la sobre determinación de la competencia electoral convertida en la función primordial de una izquierda cada vez más domesticada por el sistema político, evitan la discusión y la crítica de esta política, la asumen y avalan, y tienden a convertirla en la suya.

5. La democracia y la agenda territorial de la izquierda hoy

La ausencia de elaboración política de la izquierda, en particular el PRD, sobre las cuestiones territoriales esta en contradicción con el alto grado de concentración urbana alcanzado y la perspectiva de una **urbanización global de la sociedad mexicana** en un plazo cercano a las tres décadas (Pradilla, 2002), acelerada nuevamente desde la entrada en vigor del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (1994) por la agravación de la crisis del campo debida a la liberación del comercio de productos agropecuarios; con el tránsito de las **ciudades tradicionales** a las **metrópolis** y a la formación de difusas **ciudades región** o megalópolis; con el crecimiento cuantitativo de las ciudades que se ha transformado en una mutación cualitativa; y con la modificación en este contexto de los valores, normas, intereses y aspiraciones de los actores sociales, incluidos los trabajadores.

La cuestión económica, social, política y cultural se está urbanizando globalmente, y lo fundamental de sus temas y problemas, por tanto, son inseparables de lo urbano. Las ciudades dominan y estructuran todo el territorio nacional.

La solución de la cuestión territorial –regional y urbana– con sus múltiples rasgos, procesos y contradicciones, forma parte orgánica de la lucha por la justicia social, la equidad, la inclusión y la igualdad y, por tanto, de la conquista de la **democracia real participativa** que tiene su materialización más inmediata en lo local, lo urbano.

En este contexto, la **agenda territorial** a la que debe responder la izquierda –intelectual, social y partidaria– se ha diversificado y hecho más compleja. Los procesos urbanos que son parte de la **explotación**, la **opresión** y la **exclusión** de los trabajadores y la mayoría de la población, y que se han integrado de una forma u otra a sus demandas y aspiraciones sumándose a las

reivindicaciones históricas, se han ampliado y combinado de manera compleja. De esta agenda deben hacer parte múltiples procesos íntimamente correlacionados.

La profundización del **desarrollo regional y urbano desigual**, resultante de la acumulación histórica de desigualdades y del impacto de la globalización imperial, los procesos de integración internacional, la fragmentación interna del territorio nacional, la explotación sin compensación de los recursos naturales localizados, el desvanecimiento de la acción compensatoria del Estado y el mayor protagonismo del capital privado transnacionalizado, agregan nuevos factores de inequidad, extorsión del excedente social regional, empobrecimiento y exclusión, a la vez social y territorial, que hay que revertir para construir un **territorio integrado en la diversidad** (Cárdenas, 2000, VIII. 1).

El **mundo rural** atrapado y degradado ambiental, productiva y socialmente al interior de los grandes sistemas urbanos o metropolitanos, golpeado por el libre comercio internacional, vaciado poblacionalmente por la emigración hacia las ciudades o Estados Unidos, con su potencial y sus contradicciones particulares, exige el diseño de políticas específicas, distintas a las tradicionalmente planteadas para el campo y los campesinos en general; la **preservación integral del campo peri-urbano**, esencial para la prestación de servicios ambientales a las ciudades, supone elevar la productividad y los ingresos de los campesinos y mejorar sustantivamente sus condiciones materiales y sociales de vida.

La desindustrialización de las grandes metrópolis, la generalización del trabajo precario y la terciarización polarizada e informal de la economía urbana plantean a la vez la necesidad de **dinamizar el crecimiento económico y reindustrializar sustentablemente** las ciudades, para crear empleos estables, recuperar condiciones dignas y justas de trabajo e ingreso, y dar respuesta al impacto territorial de las múltiples formas de la informalidad callejera existentes.

La política de izquierda para la sociedad urbanizada debe definir, para el mundo de hoy, **la relación entre el capital**, predominantemente transnacional y monopolístico, **el Estado y las clases sociales mayoritarias**, que tiene especificidades en las grandes metrópolis por el papel dominante del capital financiero y bancario, comercial e inmobiliario y sus territorios; esta regulación es particularmente importante en los grandes proyectos urbanos, donde la inversión pública se pone al servicio del capital, sobre todo inmobiliario, sin retribución visible a la población urbana, pero que desplazan directa o indirectamente de las zonas involucradas a los sectores populares.

A las viejas formas de exclusión social, se ha añadido la de los trabajadores y otros sectores populares del uso de las nuevas tecnologías, sobre todo en la producción, el transporte colectivo, los servicios públicos, la información y comunicación, profundizando la descalificación de la fuerza de trabajo, su marginalización del mercado laboral y el mantenimiento de condiciones de vida urbana alejadas del desarrollo actual de las fuerzas productivas; la

democratización de la tecnología es una condición necesaria del desarrollo económico y social urbano en el mundo actual.

La violencia urbana, ejercida sobre todo por la delincuencia organizada cada vez más globalizada, la formación de sus ejércitos de *lumpenproletarios* y sus territorios excluyentes o amenazados, que también afecta a los sectores populares; lograr **ciudades seguras** (Cárdenas, 1997), impone complejos retos a la izquierda en lo económico, lo social, los cuerpos de seguridad, los derechos humanos de las víctimas, y el ordenamiento y control del territorio para hacerlo más seguro, sin caer en el autoritarismo y la represión.

Sin que se haya alcanzado la satisfacción de las necesidades básicas – alimentación, educación, salud, trabajo–, la sociedad exige hoy nuevos derechos como la igualdad de género, el respeto a la diferencia étnica, cultural y sexual, los derechos de los niños, la participación directa en las decisiones públicas, los derechos humanos en lo civil, penal, salarial y electoral, etc., que se expresan crecientemente como problemas urbanos; tenemos que lograr, en el campo y la ciudad, la **garantía universal de los derechos sociales de primera y segunda generación**, lo que implica también cambios territoriales profundos.

En el campo y la ciudad, sobre todo en esta última, es necesario **reconstruir la responsabilidad social de los gobiernos locales**, resolviendo la contradicción entre el asistencialismo compensatorio propio de la política neoliberal, y la garantía universal de los derechos humanos y sociales que requiere leyes, instituciones y recursos humanos y económicos propios; en este ámbito, las grandes ciudades imponen condiciones y restricciones específicas que desbordan los simples criterios generales.

El dominio del automóvil privado cuyo número aumenta sin cesar, como medio de transporte del 20 % de la población de más alto ingreso, y el deterioro creciente del transporte público colectivo para la mayoría, por privatización y/o reducción de la acción estatal, incrementan el tiempo de trabajo no pagado, el costo de transporte, y el desgaste de la fuerza de trabajo, degradando las condiciones de vida de los trabajadores y sus familias; es por tanto necesario diseñar y construir **un patrón de movilidad urbana e interurbana estructurado a partir del transporte colectivo ambientalmente sustentable**, que responda a la vez a las necesidades de la mayoría y a las condiciones de desarrollo del país.

El empobrecimiento creciente, el desplazamiento del hábitat popular a las periferias urbanas, el cambio demográfico y las nuevas demandas de calidad de los servicios, exigen **políticas estatales en educación, salud, seguridad social y recreación** que no se pueden limitar al criterio formal de cobertura, pues incluyen la necesidad de una constante reconversión y modernización que se añade a la responsabilidad social estatal de garantizar el acceso universal de la población en sus ámbitos territoriales de residencia.

La creciente pauperización absoluta y relativa de las masas urbanas ha degradado los asentamientos populares tradicionales y creado otros nuevos a los que hay que responder con **políticas de mejoramiento del hábitat popular** más amplias y complejas que la simple producción o mejoramiento de vivienda, que incluyen infraestructura y servicios de calidad, y saneamiento ambiental integrados y simultáneos.

Se mantiene la concentración de la propiedad del suelo urbano, ahora en manos del capital inmobiliario, y la apropiación privada de las rentas del suelo urbano –absolutas y diferenciales– generadas socialmente e incrementadas por la inversión pública, que excluyen a las masas populares empobrecidas del acceso al suelo y la vivienda y no benefician a la colectividad ciudadana; parte de ellas debe volver a la colectividad bajo la forma de **impuestos y deducciones a las plusvalías y rentas urbanas** que financien el desarrollo urbano para todos.

El suelo urbanizable para atender las necesidades de vivienda popular y de dotación de infraestructura y servicios, es cada vez más escaso lo que eleva las rentas parasitarias del suelo como resultado contradictorio de su monopolio por el capital inmobiliario, la irrelevante intervención estatal o social en este campo, y la sobredeterminación que sobre los gobiernos, del color que sean, impone la protección ambiental, particularmente del agua como recurso cada vez más escaso; vuelve a plantearse, por tanto, el tema del **acceso de las mayorías a la propiedad, renta o usufructo del suelo urbano y urbanizable**, en las áreas ya urbanizadas para reducir el crecimiento periférico destructor del medio rural y de reserva ecológica.

La generalización de la propiedad privada de la vivienda, como política sin matiz ideológico aceptada por la izquierda, vuelve a poner en el debate las críticas de Engels a sus impactos negativos sobre el salario y la movilidad de los trabajadores, y por tanto, la urgencia de **atender el sector de la vivienda en renta para los sectores de bajos ingresos**, y el papel del Estado en ambos campos, mediante la renovación de la naturaleza y funcionamiento de los organismos estatales de vivienda, la participación efectiva de los derechohabientes y beneficiarios en su gestión, y su relación con el capital financiero e inmobiliario, que adquieren cada vez más relevancia.

Por la migración, las grandes ciudades se han hecho pluriétnicas y pluriculturales, pero se mantienen y acentúan los procesos de discriminación, exclusión y segregación territorial de las minorías y sus culturas propias, cuya superación para tener **ciudades democráticas, pluriétnicas y pluriculturales**, exige políticas territoriales particulares.

La ciudad, en lo social, cultural y físico, fue construida para los hombres y discrimina a la mujer; en ella, los jóvenes carecen de oportunidades suficientes para formarse productivamente y realizarse humanamente; las y los más afectados son los integrantes de los sectores populares pauperizados; la izquierda

tiene que ofrecer alternativas para que **la ciudad sea un espacio con igualdad para los géneros y con oportunidades de realización para los jóvenes.**

El predominio de la vialidad para el transporte en automóvil y sus telarañas de puentes, distribuidores, vías hundidas y elevadas, o las formas urbano-arquitectónicas actuales, han producido una ciudad inadecuada al desplazamiento de los adultos mayores, los niños, las madres, los discapacitados, que es necesario desconstruir y reconstruir para recrear **ciudades sin barreras** al disfrute por todas las edades, los géneros y las condiciones biológicas.

La creciente privatización de los ámbitos urbanos públicos y del patrimonio ambiental, arquitectónico y cultural, los ha convertido en nuevo factor de monopolio privado de lo producido colectivamente y de exclusión de los sectores populares de su usufructo; en este campo, las formas arquitectónicas cerradas - centros comerciales, condominios y fraccionamientos cerrados, centros corporativos y clubes deportivos, etc.-, impiden el libre tránsito y usufructo de la ciudad y son instrumento de segregación socio-territorial; hay que **devolver la ciudad al disfrute colectivo y la libre apropiación de lo público.**

Las estructuras metropolitanas están hoy dominadas por el capital improductivo en el comercio, las finanzas y los servicios, y sus implantaciones **territoriales**; su expansión desaloja de las áreas urbanas privilegiadas a los sectores populares, enviándolos hacia las periferias distantes sin transporte, servicios ni infraestructura, y crea nuevos *ghetos* del capital y el automóvil; la izquierda carece de políticas propias para el **reordenamiento urbano incluyente con equidad social**, y se limita a copiar las estrategias conservadoras en este campo.

El acceso a la cultura nacional e internacional y a la información es hoy privilegio de una élite, y excluye a la mayoría de los pobladores urbanos y sus territorios; controladas crecientemente por monopolios nacionales y transnacionales, difunde los valores del gran capital y sus polos hegemónicos, y excluye tanto a las culturas e informaciones críticas, contrarias o libertarias, como a sus medios autogestivos, afectando además la difusión de las ideas políticas de izquierda; habrá que **llevar la cultura y la información a los territorios excluidos**, liberarla de los monopolios y abrir múltiples alternativas a la autogestión en los medios y a la cultura e información libres y alternativas.

La severa contaminación ambiental en las grandes metrópolis, que afecta sobre todo a los sectores mayoritarios empobrecidos, ha llevado a la socialización de la exigencia de **sustentabilidad y de preservación de los recursos naturales para las generaciones presentes y futuras** –*durabilidad* o *sustentabilidad* del desarrollo–, que atraviesan toda la vida social, exigen cambios en sus estructuras, y son hoy un reto para la regulación social, la ley y las políticas públicas.

El crecimiento metropolitano desbordó los viejos límites políticos y administrativos de las ciudades; para garantizar la democracia efectiva y la gestión integral, socialmente responsable y eficiente de las metrópolis, y enfrentar sus contradicciones se impone el diseño de **formas de gobierno metropolitano** - ejecutivo, legislativo, empresas públicas- e instrumentos de desarrollo adecuadas para las nuevas formas socio-territoriales: metrópolis, ciudades región, etc.

Para que los gobiernos locales puedan enfrentar su responsabilidad con el mejoramiento constante de la calidad de vida de la sociedad urbana, en particular para la izquierda la de los explotados, oprimidos y excluidos, se necesita diseñar e impulsar **sistemas fiscales locales equitativos y progresivos**, en los que los asuntos prediales, inmobiliarios y de infraestructura son fundamentales, que cobren más a quienes más poseen, ganan y consumen, diferenciando el uso mercantil o reproductivo de lo poseído o consumido, y transfieran a la sociedad las rentas del suelo y las plusvalías generadas por la acción colectiva o pública.

El neoliberalismo liquidó la débil, insuficiente e ineficiente planeación urbana indicativa; pero es indispensable la **construcción de una planeación estratégica democrática**, para armonizar o regular las acciones de millones de actores urbanos con intereses contradictorios u opuestos; hay que diseñar una nueva visión y diferentes procesos de planeación democrática, participativa, estratégica y de largo plazo para enfrentar las viejas y nuevas contradicciones sociales en el territorio regional y urbano.

Habrá que responder a las exigencias de la **participación democrática** demandada por los habitantes de las ciudades, que incluya a los ciudadanos aislados, pero sobre todo a los organizados en su calidad de pertenecientes a sectores sociales específicos que luchan por intereses territoriales, sectoriales o de clase. En lo formal y lo informal, esta participación no debe seguir excluyendo a los trabajadores asalariados o a los productores independientes organizados gremialmente, no debe reducirse a los vecinos o los movimientos urbanos populares cada vez más corporativizados al poder clientelar y desmovilizados, o a las ONGs limitadas por su dependencia económica y sus posturas ideológicas sustitutivas.

La izquierda y las fuerzas democráticas tienen que responder en sus programas y políticas a todos estos viejos y nuevos problemas que afectan sobre todo a los trabajadores y los sectores populares. El problema no es hoy la elaboración de una propuesta de **reforma urbana** que legisle y regule los aspectos más notorios de la vida en las grandes ciudades, a la manera de las planteadas en los años 70s del siglo pasado; lo que se requiere es colocar a la política toda en su dimensión urbana presente y futura, respondiendo a las nuevas determinaciones impuestas por la **urbanización global** con sus dimensiones económicas, sociales, políticas, culturales, ambientales y territoriales.

No basta hoy una postura defensiva frente al neoliberalismo, la globalización imperialista y el gran capital trasnacional, no es suficiente la política

tradicional para remediar los peores problemas urbanos; y las acciones pragmáticas aisladas lo que hacen es agudizar las contradicciones urbanas y sus costos sociales. Es necesaria una respuesta transicional de cambio social y territorial que prefigure y anticipe la sociedad y la ciudad futura posibles. **Hay que reconstruir la utopía viable y posible.**

La respuesta programática a esta agenda debe ser el resultado de la discusión política, al interior de los partidos políticos que se reclaman de la izquierda, con las organizaciones y movimientos sociales y los investigadores, y elaborarse integralmente con los demás aspectos económicos, sociales, culturales y políticos. Los gobernantes y legisladores emanados de la izquierda tienen que comprometerse con este programa para que no se reduzca a simple demagogia. Solo así se logrará un **proyecto para el futuro** que garantice la respuesta a las aspiraciones históricas de justicia, equidad, inclusión y disfrute pleno de los trabajadores y otros sectores sociales hoy explotados, oprimidos y excluidos por el capitalismo salvaje imperante.

Notas

*** Arquitecto, Doctor en Desarrollo Económico y Social, y en Urbanismo. Profesor – Investigador de la Universidad Autónoma Metropolitana, Xochimilco. Investigador Nacional nivel 2, SNI-SEP.**

1. Entre ellos, Owen, Saint-Simón, Fourier, Cabet y Proudhon. Algunas de sus propuestas fueron la *Institución para la Formación del Carácter*, la *Ciudad de la Armonía*, y el *Falansterio*. La práctica demostró que estas reformas del capitalismo y su base territorial ideal, intentadas en diversos lugares incluyendo a México, no eran viables (Benévolo, 1963; Choay, 1965).
2. El movimiento de huelga que terminó en la masacre de hombres, mujeres y niños cometida por la policía en el campo de San Peter, Manchester, Inglaterra el 16 de agosto de 1919, denominada entonces *Peterloo* (Benévolo, 1963, 53-54), reclamaba el mejoramiento de las condiciones de vida en las miserables viviendas obreras y los insalubres barrios obreros, y la reducción de su alquiler.
3. En esta discusión, protagonizada por intelectuales como Henri Lefebvre, Manuel Castells, Jean Lojkine, Cristian Topalov, Jordi Borja y otros, surgió la llamada *sociología urbana eurocomunista* (Pradilla, 1984)
4. La bibliografía es muy amplia y se omite por limitaciones de espacio. La llamada *sociología urbana* europea, sobre todo francesa, influyó significativamente a los investigadores latinoamericanos, muchos de los cuales la asumieron sin crítica y sin tener en cuenta las diferencias entre las formas de desarrollo capitalista y urbanización en los dos continentes.

5. En esta sobrevaloración jugó un papel importante el trabajo sobre América Latina de investigadores europeos como Castells y Borja, y de muchos seguidores acrílicos latinoamericanos.

6. La multiplicación de los movimientos fragmentarios de resistencia —ecologista, feminista, de minorías particularmente indígenas y negras, urbanos, por derechos humanos, etc.—, o por la ampliación de la democracia y la ciudadanía, en el marco del debilitamiento de las organizaciones de clase, sobre todo sindicales, duramente golpeadas por las reformas neoliberales, ha llevado a los teóricos de izquierda a la continua y cambiante construcción de *nuevos sujetos del cambio social*, en ocasiones modas efímeras, sin ninguna articulación visible.

7. En el programa de gobierno 2002 de la Coalición Lula Presidente, en Brasil, aparece una sección sobre *Reforma Agraria*, y lo territorial, que incluye temas importantes que hay que analizar, se diluye en planteamientos dispersos: nueva política nacional de desarrollo regional; reconstrucción de las ciudades y desarrollo urbano; proyecto morada; movilidad urbana, política ambiental, saneamiento y medio ambiente; etc. (Coligacao Lula Presidente, 2002). En el Proyecto Fénix de la Universidad de Buenos Aires, presentado en el pasado proceso electoral argentino, de corte académico, se incluyen secciones de economía regional, medio ambiente y vivienda social (Universidad de Buenos Aires, 2002). No caracterizamos la naturaleza política de estos proyectos.

8. En la última década, expresiones distintas de la izquierda, con programas y propuestas diversas, han llegado a gobernar ciudades tan importantes como Sao Paulo o Brasilia en Brasil, Montevideo en Uruguay, Bogotá en Colombia, San Salvador en El Salvador y Ciudad de México en México. Es importante revisar a fondo estas experiencias y los programas aplicados.

9. Estas “categorías”, la primera popularizada por los neoliberales y las agencias internacionales, y la segunda propia de la filantropía y el cristianismo, han sustituido y engullido a las clases sociales explotadas como concepto histórico de la izquierda.

10. En el corredor urbano Reforma-Alameda-Plaza Juárez-Centro Histórico, la inversión pública está al servicio del capital financiero y hotelero y del empresario más rico de México y América Latina, colocado al frente del proyecto de recuperación del Centro Histórico por el mismo gobernante “de izquierda”.

11. En vez de aplicar una política integral de ordenamiento y ampliación del transporte colectivo, público o concesionado, para el 80 % de los usuarios, se embarcó en costosas y monumentales obras viales para el automóvil privado, siguiendo el patrón de transporte estadounidense y yendo en sentido contrario a lo que hoy hacen los gobiernos más progresivos de Europa y América Latina, y lo que recomiendan los técnicos internacionales.

12. Su política social consiste esencialmente en distribuir reducidos apoyos monetarios a algunos “sectores vulnerables” (adultos mayores, discapacitados, hijos de madres solteras, desempleados e informales), y no en garantizar mediante leyes, programas e instituciones sólidas, los derechos humanos y sociales de los sectores mayoritarios.

Bibliografía

Benévolo, Leonardo, 1963, **Orígenes del urbanismo moderno**, H. Blume Editores, Madrid, España, 1979

Cárdenas, Cuauhtémoc, 1997, **Una ciudad para todos**, Partido de la Revolución Democrática, México D.F., México.

----- 2000, **Programa de Gobierno 2000-2006. Nuevo rumbo de Nación**, Alianza por México, México D.F., México.

Ceccarelli, Pablo (comp.), 1970, **La construcción de la ciudad soviética**, Gustavo Gilli, Barcelona, España, 1972.

Choay Françoise, 1965, **L'urbanisme, utopies et réalités**, Editions du Seuil, Paris, France.

Coligacao Lula Presidente, 2002, **Programa de Governo 2002, um Brasil para todos**, página web www.lula.org.br

Engels, Federico, 1845, **La situación de la clase obrera en Inglaterra**, Ediciones de Cultura Popular, México D.F., México, 1974.

-----, 1872, **Contribución al problema de la vivienda**, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú, URSS, s/f.

-----, 1880, “Del socialismo utópico al socialismo científico”, en **C. Marx, F. Engels. Obras escogidas**, Editorial Progreso, Moscú. URSS, 1989

Fideicomiso de Estudios Estratégicos sobre la Ciudad de México, Gobierno del Distrito Federal, 2000, **La Ciudad de México hoy. Bases para un diagnóstico**, Corporación Mexicana de Ediciones, México D.F., México.

Fuentes Morua, Jorge, 1991, **Marx-Engels. Contra el despotismo urbano 1839-1846**, Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa, México D.F., México.

Grupo Democracia y Territorio, 1994, **La recuperación democrática del territorio y el medio ambiente de México**, Tipografía, Diseño e Impresión S.A., México D.F., México.

Lefebvre, Henri, 1972, **La pensee marxiste et la ville**, Casterman, Paris, France.

Mandel, Ernest, 1986, **Las ondas largas del desarrollo capitalista. Una interpretación marxista**, Siglo XXI Editores, Madrid, España.

Marx, Carlos y Federico Engels, 1850, **Manifiesto del Partido Comunista**, en **C. Marx, F. Engels. Obras escogidas**, Editorial Progreso, Moscú. URSS, 1989

Marx, Karl, 1867, **El Capital**, 3 vols, 8 tomos, Siglo XXI Editores, México D.F., México, 1975.

Partido de la Revolución Democrática, 2001, **Programa del Partido de la Revolución Democrática**, *Gaceta del Congreso*, 6^o Congreso Nacional, Zacatecas, Zacatecas, México.

Pradilla Cobos, Emilio, 1981, "Desarrollo capitalista dependiente y proceso de urbanización en América Latina", *Revista Interamericana de Planificación*, Vol. XV, núm. 57, marzo de 1981, Sociedad Interamericana de Planificación, México D.F., México.

----- 1984, **Contribución a la crítica de la teoría urbana. Del espacio a la crisis urbana**, Universidad Autónoma Metropolitana, Xochimilco, México D.F., México.

----- 2002, "El futuro de las grandes metrópolis latinoamericanas", en Villegas Dávalos, Raúl (comp.), 2002, **¿A dónde va el mundo?**, Fundación Cultural Tercer Milenio, México D.F., México.

Sociedad Interamericana de Planificación (Ed.), 1978, **Reformas urbanas y agrarias en América Latina**, SIAP, Bogotá, Colombia.

Universidad de Buenos Aires, 2002, "Plan Fénix. Propuestas para el desarrollo con equidad", *Enoikos*, núm. 20, s/f, Facultad de Ciencias Económicas, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, Argentina.

México D.F., 20 de noviembre del 2003.